

auillar. Te despiertas sobresaltado, te incorporas y escuchas.

—Qué es esto?

Es el sereno que toca su trompa y advierte á la ciudad que no ocurre nada y puede dormir tranquila. Sea; pero yo no creo que sea posible tranquilizar á las gentes de una manera más espantosa.

En Lorch se te despierta de una manera todavía más dramática.

Pero antes, amigo mio, déjame decirte lo que es Lorch.

Lorch es un gran pueblo de cerca de mil ochocientos habitantes, situado en la ribera derecha del Rhin y que se prolonga como marcado con escuadra á lo largo del Wisper, hasta señalar la embocadura. Es el valle de los cuentos y de las fábulas; es el país de las pequeñas hadas-insectos. Lorch está colocado al pie de la Escala del Diablo, alta roca casi perpendicular que el valiente Gilgen escaló á caballo para ir á buscar su prometida, escondida por los gnomos en la cima del monte. En Lorch es donde la hada Ave inventó, dicen las leyendas, el arte de hacer el paño para vestir á su amante, el friolento caballero romano Heppius, que dió su nombre á Heppenheim. Es muy notable, sea dicho de paso, que en todos los pueblos y en todas las mitologías, el arte de tejer las telas ha sido inventado por una mujer: para los egipcios es Isis; para los lidios Arachné; para los griegos Minerva; para los peruanos Menacella, mujer de Manco-Capac; para los pueblos del Rhin la hada Ave. Unicamente los chinos atribuyen esta invención á un hombre, al emperador Yas; y aun para los chinos el emperador no es un hombre, es un sér fantástico, cuya realidad desaparece bajo los títulos raros con que ellos lo envuelven. Ellos no conocen su naturaleza, porque le llaman el *Dragon*; ignoran su edad, porque le llaman *Diez-Mil-Años*; no saben su sexo, porque le llaman la *Madre*. Pero qué voy á hacer en China? Vuelvo á Lorch. Perdóname el salto.

El primer vino tinto del Rhin se hizo en Lorch. Lorch existía antes de Carlo-Magno y ha dejado huella en los mapas de 732. A Enrique III, arzobispo de Maguncia, le gustaba este sitio y residió en él en 1343. Hoy ya no hay en Lorch ni caballeros romanos, ni hadas, ni arzobispos; pero la pequeña ciudad es feliz, el paisaje es magnífico y los habitantes son hospitalarios. La linda casa del Renacimiento que está á la orilla del Rhin tiene una fachada tan original y tan rica en

su género como la de nuestra mansión francesa de Meilan. La fortaleza fabulosa del viejo Sibó protege al pueblo, que amenaza de la otra parte del río el castillo histórico de Furatemberg con su gran torre, redonda por fuera y exágona por dentro. Nada hay más encantador como ver prosperar alegremente esa reducida, pero vivaz, colonia de aldeanos entre esos dos espantosos esqueletos que han sido dos ciudadelas.

Ahora voy á contarte cómo una de mis noches ha sido turbada en Lorch:

La semana última, sería la una de la madrugada, todo el pueblo dormía, y estando escribiendo en mi habitación me apercibí de pronto que mi papel se había convertido en rojo bajo mi pluma. Alcé la vista y me encontré iluminado, no por una lámpara, sino por mis ventanas. Mis dos ventanas se habían cambiado en dos grandes planchas de ópalo rosado, á través de las cuales se esparcía alrededor de mí una reverberación extraña. Las abrí y miré. Una gran bóveda de llamas y humo se encorvaba á algunas toesas encima de mi cabeza con un ruido espantoso. Era, en una palabra, el hotel P., el gasthaus vecino al en que yo vivía, que se había prendido fuego y ardía.

En un instante la gente de la fonda se despertó; todo el pueblo se puso en pié; el grito *¡feuer! ¡feuer!* llenó el malecón y las calles y la campana tocó á rebato. Yo cerré mis ventanas y abrí mi puerta.

Otro espectáculo. La gran escalera de madera de mi gasthaus, que estaba inmediata á la casa incendiada é iluminada por anchas ventanas, parecía como que estaba encendida; y sobre esta escalera, de alto abajo, se apiñaban, se confundían y se empujaban una infinidad de sombras recargadas de siluetas extrañas. Toda la fonda se había puesto en movimiento; uno iba en calzoncillos, otro en camisa; los viajeros con sus maletas, los criados con los muebles. Todos estos fugitivos iban aun medio dormidos. Nadie gritaba ni hablaba. Era el ruido de un hormiguero.

Una horrible llamarada llenaba los intervalos de todas las cabezas.

En cuanto á mí, porque cada cual piensa en sí mismo en tales momentos, como tenía poco equipaje y estaba alojado en el primer piso, no corría otro riesgo que el de salir en un caso apurado de la fonda por la ventana.

Sin embargo, sobrevino una tempestad y llovía á cántaros. Como sucede

siempre cuando se vá de prisa, el hotel se vaciaba lentamente, y hubo un instante de espantosa confusión. Unos querían entrar, otros salir; los muebles de ciertas dimensiones bajaban pesadamente por las ventanas atados con cuerdas; los colchones, los sacos de noche y los paquetes de ropa blanca caían de lo alto del edificio al pavimento; las mujeres se espantaban, los niños lloraban; los campesinos, despertados por la campana que tocaba á rebato, acudían de la montaña á prestar su auxilio con sus grandes sombreros chorreando agua y sus sacos de cuero en la mano. El fuego había ya invadido el granero de la casa, y se decía que había comunicado á la posada P.; circunstancia que añade siempre un interés sombrío y una especie de inesperada escena dramática á un incendio.

Las bombas llegaron al poco rato, las cadenas de trabajadores se formaron, y yo me subí al granero, intrincado laberinto de muchos pisos, de armaduras pintorescas como las que cubren todos los grandes techos de pizarra de las orillas del Rhin. Toda la armadura de la casa vecina ardía formando una sola llama. Esa inmensa pirámide de áscuas, sobrepujada de un vasto penacho rojo que sacudía el viento del temporal, se inclinaba dando crugidos sordos sobre nuestro techo, ya iluminado y chisporroteando aquí y allá. La cuestión era seria; si nuestro techo se prendía fuego, diez casas positivamente, y quizá con la ayuda del viento, la tercera parte de la ciudad iba á arder.

La obra fué pesada. Hubo necesidad de arrancar las pizarras de una parte del techo y cortar los tejadillos-veletas de las claraboyas entre un torbellino de chispas y llamas. Las bombas estuvieron admirablemente servidas.

Por las claraboyas del granero me hundi en la hornaza y me encontré, por decirlo así, dentro del mismo incendio. Un incendio visto á quema-ropa es una cosa espantosa y admirable. Jamás había presenciado ese espectáculo, y pues me encontré en él, lo acepté desde luego.

Al principio, cuando uno se vé como envuelto en esa monstruosa caverna de fuego, donde todo arde, reluce, chisporrotea, cruge, sufre, estalla y se desmorona, lo primero que le agita es un movimiento de ansiedad; parece que todo está perdido y que nada podrá luchar contra esa fuerza horrible que se llama el fuego; pero desde el instante que las bombas llegan se cobra valor.

Nadie puede figurarse la rabia con que el agua ataca á su enemigo. Apenas la bomba, esa larga serpiente que se oye jadear abajo en las tinieblas, ha pasado por encima del muro sombrío su cuello deshilado y hace chispear en la llama su fina cabeza de cobre, cuando escupe con furor un chorro de acero líquido sobre el espantoso monstruo de mil cabezas. La hoguera, atacada de improviso, aulla, se yergue, salta horrorosamente, abre horribles bocas llenas de rubíes y lame con sus innumerables lenguas todas las puertas y ventanas á la vez. El vapor se mezcla á la humareda; torbellinos blancos y torbellinos negros son llevados por todos los soplos del viento y se retuercen y estrechan en la sombra debajo de las nubes. El silbido del agua responde al mugido del fuego. Nada hay más terrible y más grande que ese antiguo y eterno combate de la hidra y del dragon.

La fuerza de la columna de agua lanzada por la bomba es prodigiosa. Las pizarras y los ladrillos que toca se rompen y descascarillan como escamas.

Cuando al fin la armadura se derrumbó, magnífico momento en que el penacho escarlata del incendio fué reemplazado en medio de un ruido terrible por un inmenso y alto airón de chispas, quedó de pié en la casa una chimenea como una especie de torrecilla de piedra. Un chorro de la bomba la volcó en el abismo.

El Rhin, los pueblos, las montañas, las ruinas, todo el espectro sangriento del paisaje reapareciendo á esta luz, se mezclaban al humo, á las llamas, al tañido continuo de la campana, al estrépito de los lienzos de pared que caían enteros como puentes levadizos, á los golpes sordos del hacha, al tumulto del vendaval y al rumor de la ciudad. Verdaderamente era horrible, pero era bello.

Si se fija uno en los detalles de esta gran cosa, nada hay más singular. En el intervalo de un torbellino de fuego y un torbellino de humo, algunas cabezas de hombres surgen en el extremo de una escalera. Se vé á esos hombres inundar en cierto modo á quema-ropa la llama encarnizada, que lucha y revolotea y se obstina ante el empuje del mismo chorro de agua. En medio de este horroroso caos hay especies de retretes silenciosos, donde tranquilos y pequeños incendios chisporrotean dulcemente en los rincones como un hogar agradable. Las ventanas de las habitaciones, inaccesibles á su paso, se abrían y cerraban á impulsos del viento. Hermosas llamas azules hacían



extremecer las puntas de las vigas. Pesadas armaduras se desprendían del borde del techo y quedaban suspendidas á un clavo, balanceadas por el huracán en lo alto de la calle y envueltas por una larga llama. Otras caían en el estrecho hueco de las casas y establecían allí un puente de brasas. En el interior de los aposentos los papeles parisienses con orladuras pretenciosas desaparecían y reaparecían á través de las bocanadas de ceniza roja. Había en el tercer piso un pobre entrepaño del tiempo de Luis XV, con árboles de rocalla y pastores de Gentil-Bernard, que luchó por largo tiempo. Yo le miraba con admiración. No había visto jamás una égloga tener tan buena presencia de ánimo. Por fin una gran llama invadió la habitación, abrasó el infortunado paisaje verdecedon, y el aldeano abrazando á la aldeana y Tircis requebrando á Glycere se desvanecieron en el humo. Como formando juego con este cuadro, un pobre jardincito, regado de carbones encendidos, ardía al pié de la casa. Una tierna acacia, apoyada en un enverjado hecho áscuas, se obstinó en no prenderse fuego y se conservó intacta por espacio de cuatro horas, sacudiendo su hermosa cabeza verde bajo una lluvia de chispas.

Añade á esto algunas rubias y pálidas inglesas medio desnudas, sufriendo el aguacero al lado de sus maletas, á algunos pasos de la fonda, y todos los niños del lugar riendo á carcajadas y batiendo las palmas cada vez que un chorro de la bomba llegaba hasta ellos, y tendrás una idea bastante completa del incendio del hotel de P., en Lorch.

Una casa que arde, al fin y al cabo no es más que una casa que se inutiliza; lo verdaderamente sensible es que murió un pobre en ella.

Hacia las cuatro de la mañana se llegó á dominar el fuego; el gasthaus P., techos, cielos rasos, escaleras y pisos hundidos, ardían entre sus cuatro paredes, y habíamos logrado salvar nuestra fonda.

Entonces, y casi sin entreacto, el agua sucedió al fuego. Una nube de criados invadió las habitaciones limpiando, frotando, lavando, enjugando, y en menos de una hora la casa fué lavada de alto abajo.

Notable circunstancia! Nada se robó. Todos los efectos sacados con apresuramiento en medio de la noche y expuestos á la lluvia, fueron presentados religiosamente

por los necesitados campesinos de Lorch.

Por otra parte, estos accidentes no son raros en las orillas del Rhin. Toda casa de madera encierra un incendio, y aquí abundan las casas de madera. Solamente en San Goar hay en este momento, en diferentes sitios de la ciudad, cuatro ó cinco casas arruinadas por los incendios.

Al día siguiente por la mañana noté con alguna sorpresa en el piso bajo de la casa incendiada dos ó tres habitaciones cerradas, perfectamente conservadas, encima de las cuales el fuego lo había devorado todo sin desperdiciar nada. A propósito de esto véase una historieta que se refiere en el país. Yo no la garantizo:

Hace algunos años un inglés llegó bastante tarde á una posada de Braubach, cenó y se acostó. En las altas horas de la noche se prendió fuego á la posada. Entraron de prisa en la habitación del inglés. Dormía. Se le despertó. Se le explicó lo que ocurría, se le dijo que el fuego había invadido la casa y que era preciso poner piés en polvorosa.

—Idos al diablo! dijo el inglés; ¡me despertais por eso! Dejadme tranquilo. Estoy fatigado y no me levantaré. ¡Están locos para imaginar que voy á echar á correr por esos campos en camisa y á media noche! Deseo dormir mis nueve horas con toda comodidad. Apagad el fuego, si os parece; yo no os lo impido. En cuanto á mí, estoy bien en mi cama y permanezco en ella. Buenas noches, amigos míos; hasta mañana.

Esto dicho, se volvió á acostar. No hubo medio alguno de hacerle entrar en razón, y, como el fuego ganaba terreno, las gentes se salvaron, despues de haber cerrado la puerta donde el inglés dormía y roncaba.

El incendio fué terrible; le apagaron á duras penas. Al día siguiente por la mañana, los hombres que separaban los escombros llegaron á la habitación del inglés, abrieron la puerta y encontraron al viajero medio despierto, frotándose los ojos en su lecho, y les dijo bostezando al momento que los apercibió:

—¿Podriais decirme si hay un calzador en esta casa?

Se levantó, almorzó muy bien y volvió á partir admirablemente descansado y fresco, con gran disgusto de los mozos del país, que contaban hacer con la momia del inglés lo que se llama en el valle del Rhin un *burgomaestre seco*, es decir, un muerto perfectamente ahumado y

conservado, que se enseña por algunos liards á los extranjeros.

## CARTA XX.

### De Lorch á Bingen

La lengua legal y la lengua francesa.—Ley. *Artículo único*.—Quien hable francés pagará multa.—Teoría del viaje á pié.—Recuerdos.—Primera aventura.—Nota sobre Claye.—Lo que aparece al autor entre la cuarta y la quinta línea.—El autor vé osos á las doce del día.—Pintura graciosa tomada de la naturaleza.—El autor deja entrever el inexplicable placer que le causan las tragedias clásicas.—Interesante episodio de la mosca.—Incidente.—Lo que significa el intervalo que separa las palabras *oir pasar* de las palabras *las serenatas*.—Incidente.—Incidente.—Incidente.—Incidente.—Explicación.—Esto no impide que el autor hubiese podido muy bien ser aceptado por esos saltimbanquis de cuatro patas como el postre de su almuerzo.—Segunda aventura.—G.—Historia natural quimérica de Aristóteles y de Plinio.—En qué lugares cometen los hombres de buena gana sus más monstruosas necedades.—Incidente.—Un geroglífico de Horacio.—De dónde procedía el alboroto.—Retratos de los hombres admirados.—Cuadro de muchos hombres que admiran.—El hombre melencólico habla.—G. se extremeca.—El autor escribe lo que dice el charlatan.—Diálogo del que está arriba con el que está abajo.—El autor se echa á reír é indigna á todos los que le rodean.—Poder de lo que es ininteligible sobre lo que es inteligente.—Palabra amarga de G. sobre la tercera clase del Instituto.—En qué circunstancias el autor viaja á pié.—Fursteneck.—El autor se encarama bastante alto para hacer constar un error de los anticuarios.—Cadenet, Luynes, Brambes.—El autor sufre en la carretera su exámen de bachiller.—Heimberg.—Sonneck.—Falkenburg.—El autor sigue adelante.—Nombres y fantasmas evocados.—Contemplación.—Un castillo en ruina.—El autor entra en él.—Lo que encuentra allí.—Tumba misteriosa.—Aparición graciosa.—El autor se pone á hablar inglés de la manera más grotesca.—Bosquejo de una teoría sobre las mujeres, las hijas y los niños.—Stella.—El autor, aunque desalentado y humillado, se aventura á hacer cuatro versos franceses.—Conjeturas sobre el hombre sin cabeza.—El autor busca en el Falkenburg las huellas de Guntram y de Liba.—La lengua del hombre tiene tan singulares caprichos, que *Traiani Castrum* se cambia en *Trecklingskausen*.—El autor tiene por almuerzo una piedad de carnero horriblemente dura.—Su grandeza de alma en esta ocasión.—Paisaje.—San Clemente.—El Reichenstein.—El Rheinstein.—El Vaugstberg.—El autor cuenta cosas de su infancia.—Leyenda del mal arzobispo.—En el siglo noveno era comido por las ratas en el Rhin como lo es hoy en la Opera.—Moralidad de los cuentos diferente de la moralidad de la historia.—*Mauth* y *Mause*.—Cómo una estampita metida dentro de un marco negro y colgada encima del lecho de un niño se convierte para él cuando es hombre en una grande y formidable visión.—Crepúsculo.—El autor vuelve á arriesgarse á hacer versos franceses.—Espantosa aparición entre dos montañas de la estampa del marco negro.—El *Maisethurm*.—Vértigo.—El autor despierta á un batelero que se encuentra allí.—En qué trayecto se aventura á meterse el autor.—El Bingerloch.—Realidades disformes y fantásticas vistas en medio de la noche.—Lo que el autor encuentra en el lugar siniestro donde ha ido.—Descripción minuciosa y detallada de esa cosa horrible y célebre.—Saludo á la bandera.—Llegada á Bingen.—Visita al Klopp.—La Osa mayor.

Bingen 27 Agosto.

De Lorch á Bingen hay dos millas de Alemania, ó en otros términos, cuatro leguas de Francia, ó diez y seis kilómetros, en esa horrible lengua que la ley quiere inventar como si fuera incumbencia de la ley formar la lengua. Muy al

contrario, amigo mio; en la mayor parte de los casos es la lengua la que forma la ley.

Tú conoces mis gustos. Siempre que puedo continuar á pié algo de mi camino, es decir, convertir el viaje en paseo, lo hago.

Nada es más delicioso, á mi modo de ver, que esa manera de viajar.

Á pié!

Se pertenece uno á sí mismo, es libre, está contento; goza por completo y sin participacion de los incidentes del camino, en la granja donde almuerza, en el árbol donde se guarece, en la iglesia donde se recoge. Marcha, se detiene; vuelve á partir, nada le incomoda, nada le retiene. Camina y sueña á su antojo. La marcha mece el desvarío; el desvarío vela la fatiga. La belleza del paisaje oculta lo largo del camino. No se viaja, se anda al azar. A cada paso que se dá se te ocurre una idea. Parece que se sienten enjambres de ellas asomar y zumban en el cerebro. Muchas veces, sentado á la sombra al borde de una carretera, al lado de un pequeño y vivo manantial, de donde salen con el agua la alegría, la vida y la frescura, debajo de un olmo lleno de pájaros, cerca de un campo lleno de forrajeros, reposado, sereno, feliz, ocupado dulcemente en forjar mil sueños, he mirado con compasión pasar delante de mí, como un torbellino que rueda como una centella, la silla de postas, esa cosa chispeante y rápida que contiene algunos viajeros lentos, pesados, aburridos y adormilados; ese relámpago que lleva tortugas.

Oh! ¡cómo esas pobres gentes, que con frecuencia son gentes de espíritu y de corazón, podrán, despues de todo, echarse en el fondo de su prision, donde la armonía del paisaje se resuelve en ruido, el sol en calor y el camino en polvo, si supiesen cuántas flores encuentra en las malezas, cuántas perlas recoge entre los guijarros y cuántas huris descubre entre las campesinas la imaginación alada, opulenta y alegre del hombre que vá á pié! *Musa pedestris*.

Y despues, todo se le ocurre al hombre que camina. No solo le surgen las ideas; le acontecen aventuras, y, por mi parte, yo tengo en mucha estima las aventuras que se me ofrecen. Si para otros es divertido inventar aventuras, para mí es más divertido tenerlas.

Recuerdo que hace siete ú ocho años fui á Claye, que dista algunas leguas de París. Para qué? No me acuerdo. En mi



cartera únicamente encuentro algunas líneas. Te las transcribo para que ellas formen, por decirlo así, parte del incidente que quiero referirte:

—“Un canal en el piso bajo, un cementerio en el primer piso y algunas casas en el segundo, hé aquí lo que es Claye. El cementerio ocupa una terraza con balcon sobre el canal, desde donde los manes de los aldeanos de Claye pueden oír pasar las serenatas, si dan alguna, en el buque-correo de París á Meaux, que hace cuatro leguas por hora. En este país nadie es enterrado, sino enterrado. Esta es una suerte como cualquier otra.”

Volví á París á pié; había salido muy de mañana, y hacía medio día, como quiera que los hermosos árboles del bosque de Bondy me invitaban á descansar en un sitio en donde el camino dá una vuelta brusca, me senté apoyando la espalda en una encina, sobre un declive de yerba, con los piés colgando en un foso, y me puse á trazar con el lápiz en mi cartera la nota que acabas de leer.

Cuando acababa la cuarta línea—que ahora veo en el manuscrito separada de la quinta por un intervalo bastante ancho,—levanté vagamente los ojos y apercibí al otro lado del foso, en la orilla del camino, delante de mí, á algunos pasos, un oso que me miraba fijamente. En pleno día no se tienen pesadillas; no nos pueden engañar una forma, una apariencia, una roca disforme ó un tronco de árbol absurdo. *Lo que puede un sastre* (1) es formidable de noche; pero á medio día, y á los rayos de un sol de Mayo, no se tienen alucinaciones. Ciertamente era un oso, un oso vivo, un verdadero oso, perfectamente horrible en cuanto cabe. Estaba gravemente sentado sobre sus nalgas, mostrándome el envés sucio de polvo de sus patas traseras, en las que distinguía todas las garras; sus patas delanteras las tenía blandamente cruzadas sobre su vientre. Su boca la tenía entreabierta; una de sus orejas, desgarrada y chorreando sangre, medio le colgaba; su labio inferior, mitad arrancado, dejaba ver sus colmillos descarnados; uno de sus ojos estaba reventado y con el otro me miraba con aire formal.

No había un leñador en el bosque, y lo poco que veía de camino por este sitio estaba absolutamente desierto.

Yo no dejaba de experimentar alguna

(1) Esta frase, aunque no la comprendemos, por más que es española, la dejamos tal como la ha escrito el autor.

(N. del T.)

emocion. Algunas veces se saca partido con un perro llamándole *Fox*, *Soliman* ó *Azor*; pero qué se le puede decir á un oso? De dónde venía este oso? ¿Qué significaba este oso en el bosque de Bondy, en la carretera de París á Claye? ¿Con quién hacía migas este vagabundo de nuevo género?

Esto era muy extraño, muy ridículo, muy irracional, y sobre todo muy poco divertido. Te lo confieso, estaba muy perplejo. Entretanto yo no me movía; por su parte debo decir que el oso no se movía tampoco; él me parecía que guardaba una actitud, hasta cierto punto, benévola. Me miraba también con la ternura con que puede mirar un oso tuerto. De vez en cuando abría mucho las mandíbulas, pero las abría como se abre la boca. No era un movimiento de fiereza, era un bostezo; no tenía nada de feroz; era casi literario. Este oso tenía algo de razonable, de bendito, de resignado y de dormido, y es más, encontré en él esa expresión que presenta la fisonomía de los que están acostumbrados de antiguo á oír tragedias en el teatro. En suma, su continente era tan bueno, que yo resolví mostrar el mismo continente. Acepté al oso como espectador y continué lo que había empezado. Me puse, pues, á escribir en mi cartera la quinta línea de la nota citada, cuya quinta línea, como te dije antes, está en mi manuscrito muy separada de la cuarta; lo que prueba que, al empezar á escribir, yo tenía los ojos fijos en el ojo del oso.

Mientras escribía, un moscardon vino á posarse en la oreja ensangrentada de mi espectador. Este levantó su pata derecha y la pasó por encima de su oreja, haciendo exactamente el mismo movimiento que un gato. La mosca voló. El la buscó con la mirada: cuando hubo desaparecido, cogió sus dos patas traseras con las dos delanteras, y como satisfecho de esta actitud clásica, se puso otra vez á contemplarme. Debo declarar que estos movimientos variados los seguía con interés.

Comenzaba á acostumbrarme á esta conferencia muda de silla á silla y escribía ya la sexta línea de la nota, cuando sobrevino un incidente: un ruido de pasos precipitados se oyó en la carretera, y de pronto vi desembocar por la revuelta otro oso, un gran oso negro: el primero era leonado. Este oso negro llegó al trote largo, y al apercibir al oso leonado vino á rodar graciosamente por tierra cerca de él. El oso leonado no se dignó

mirar al oso negro, y el oso negro no se dignó fijar la atención en mí.

Confieso que á esta segunda aparición, que elevaba mis perplejidades á la segunda potencia, mi mano tembló. Iba á escribir esta línea: “...pueden oír pasar las serenatas.” En mi manuscrito veo hoy un intervalo bastante grande entre estas palabras: “oír pasar”, y estas otras: “las serenatas.” Este intervalo significa: *Un segundo oso!*

Dos osos! para sorpresa era demasiado fuerte: ¿qué juicio se podría formar de esto? Qué quería el azar dar á conocer? A juzgar del lado por donde había desembocado el oso negro, los dos venían de París, país que tiene sin embargo pocas bestias—sobre todo salvajes.

Yo quedé como petrificado. El oso leonado había acabado por tomar parte en los juegos del otro, y á fuerza de rodar por el polvo, los dos se habían vuelto de color gris. Entretanto había conseguido levantarme y me preguntaba si iría á recoger mi baston, que de mis piés había ido á parar al foso, cuando apareció un tercer oso, un oso rojizo, pequeño, deforme, más desgarrado y más ensangrentado todavía que el primero; luego un cuarto, después un quinto y un sexto, estos dos trotando juntos. Los cuatro últimos osos atravesaron el camino como los comparsas atraviesan el fondo de un teatro, sin ver nada y sin mirar á nadie, casi corriendo como si fuesen perseguidos. Esto se hacía cada vez más inexplicable para que no tuviese interés en buscar la explicación. Oí aullidos y gritos; diez ó doce perros y siete ú ocho hombres armados de bastones de hierro y llevando bozales en las manos invadieron el camino, hostigando á los osos que huían. Uno de estos hombres se detuvo, y mientras que los otros guiaban á los animales descarriados, me dió la clave de este extraño enigma. El dueño del circo de la barrera del Combate aprovechaba las vacaciones de Pascuas para mandar sus osos y sus perros á dar algunas representaciones en Meaux. Toda esta casa de fieras viajaba á pié.

En la última parada se les había quitado los bozales para que comiesen, y mientras que sus guardianes se habían arrojado á la mesa en la taberna vecina para probar un bocado, los osos habían aprovechado este momento de libertad para dar cómodamente este paseo alegres y solos.

Eran actores que estaban de veraneo.

Hé aquí una de mis aventuras de viajero á pié.

Dante refiere al principio de su poema que encontró un día en un bosque una pantera, después de la pantera un león, y después del león una loba. Si la tradición no miente, los siete sábios de Grecia tuvieron todas aventuras de estas en sus viajes por Egipto, Fenicia, Caldea y la India. Cada uno encontró un animal diferente, como correspondía á sábios que tenían todos una sabiduría diferente. Tales de Mileto fué seguido largo tiempo por un grifo alado; Bias de Priene caminó llevando lado por lado á un lince; Periandro de Corinto hizo retroceder á un leopardo mirándole fijamente; Solón de Atenas marchó atrevidamente al encuentro de un toro furioso; Pitaco de Mitilene se encontró un *souasouaron*; Cleóbulo de Rodas fué acompañado por un león, y Chilon de Lacedemonia por una leona. Todos estos hechos maravillosos, si se examinasen despacio, se explicarían probablemente por casas de fieras en viaje, por vacaciones de Pascuas y barreras del Combate. Refiriendo de una manera conveniente mi aventura de los osos hace dos mil años, habría quizá adquirido cierta semejanza con Orfeo. *Dictus ob hoc lenire tigres*. Aquí tienes, amigo mio, á mis pobres osos saltimbanquis dar la clave de muchos prodigios. Mal que les pese á los poetas antiguos y á los filósofos griegos, yo no creo gran cosa en la virtud de una estrofa contra un leopardo, ni en la fuerza de un silogismo contra una hiena; pero pienso que hace largo tiempo que el hombre, esa inteligencia que transforma á su gusto los instintos, ha encontrado el secreto de agradar á los leones y á los tigres, de deteriorar los animales y de embrutecer á las bestias.

El hombre cree siempre y en todas partes que ha conseguido dar un gran paso cuando ha sustituido, á fuerza de enseñanzas inteligentes, la estupidez á la ferocidad.

Algunas veces esto puede ser un adelanto. Sin él, ya habría sido comido y los siete sábios de Grecia también.

Puesto que estoy evocando recuerdos, permíteme aun otra historieta.

Tú conoces á G\*\*\*, ese viejo poeta-sábio que prueba que un poeta puede ser paciente, un sabio encantador y un viejo jóven. Anda como cuando tenía veinte años. En Abril de 183... hicimos juntos no sé qué excursión al Gatinais. Caminábamos lado por lado en una fresca mañana, templada por un sol delicio-